

¿ESPIRITU O MATERIA?⁹⁶

La historia —decía Cicerón— es el testigo de los tiempos, la antorcha de la verdad, la vida de la memoria, el maestro de la vida, el mensajero de la antigüedad.

La historia —completaba magníficamente Cervantes Saavedra— es la advertencia de lo que está por venir.

Nada enseña tanto en materia social como la experiencia de los siglos.

Y advierten a la humanidad que cuantas veces se trastorna el orden natural de las cosas, cuantas veces se insiste en subordinar las exigencias de la moral y del espíritu a los torpes apetitos e intereses materiales, el derrumbe no tarda en producirse.

Con sólo aludir a los lejanos tiempos de Babilonia y Nínive, o a los remotos de la antigua Grecia y de la Roma clásica, bastaría para sentar el principio de que las civilizaciones se hunden en cuanto se apartan del respeto y de la sumisión a los preceptos normativos del orden moral.

Si para no extendernos demasiado, preferimos limitarnos a lo más reciente, a fin de empezar nuestro análisis en la época de la revolución francesa, a partir de la cual entraron los pueblos en ese período de ebullición y de efervescencia que en nuestros días ha ido acentuándose, percibiremos desde luego algunos hechos reveladores.

Comienza dicha Revolución por ofrecer libertad, igualdad, fraternidad; justicia para todos, supresión de privilegios, elevación del nivel de las masas, bienestar y emancipación para las mayorías.

¿Y qué produjo, de hecho, la Gran Revolución? En los primeros años, la supresión, dolorosamente real, de toda libertad y de todo derecho humano, bajo el régimen del Terror. Después, el absolutismo napoleónico, que si bien liquidó para siempre el sistema feudal y el predominio de la nobleza, abrió, en cambio, las puertas a la imposición de la burguesía,

96 El Universal, 30 de marzo de 1949.

nueva casta de opresores, que definitivamente triunfó bajo Luis Felipe, “el rey de los burgueses”, según gráficamente se le bautizó.

Sobrevino ciertamente una momentánea rebeldía de los proletarios en 1848; pero sofocada ella prontamente y desprestigiada por sus desórdenes, dio origen a la reacción vigorosa de los intereses creados que llevó al poder a Napoleón III, el implantador del Imperio Liberal, así llamado por la satisfacción que dio a ciertas tendencias progresistas.

Pero en el fondo, ello significó la consolidación de la burguesía y el afianzamiento de los intereses capitalistas, creados y fortificados por el incesante progreso de la industria.

Al llegar aquí es conveniente hacer un alto para oír a los pensadores de la época.

¿Qué opinaron ellos de ese desvirtuamiento de los principios y tendencias primitivas de la gran Revolución?

El desarrollo formidable de la industria y del régimen capitalista, que es su resultante, han impuesto sus leyes —afirman esos escritores— a la omnipotente revolución francesa, han desvirtuado sus principios y han dado a los acontecimientos una dirección bien distinta de la que ella previó. Al hacer crecer el desarrollo industrial la riqueza, en forma desmesurada, y al ofrecer a todos la tentación y la facilidad de adquirirla por medio de audaces golpes de especulación o de atrevidas y no siempre impecables empresas, ha dado impulso con eso mismo a la preponderancia de los intereses materiales y al afán de poseerlos, sobre cualquiera consideración o escrupulo de orden moral.

Un principio demasiado predominante —escribía Montegut en 1855— engendra resultados monstruosos y ello es mucho más grave cuando lo que en esa forma exorbitante prevalece, no es un principio moral sino la obsesión de la riqueza y de los triunfos y goces materiales.

“Nada es entonces estimado en su justo valor. Lo que es absoluto es tratado como cosa relativa, lo que es principal se vuelve secundario. La jerarquía moral es invertida (al darse preponderancia a las cosas de la materia sobre las del espíritu), y cuando las sociedades han sido bastante imprudentes para dejar que se pierda el equilibrio moral entre los diversos principios que representan la verdad, llegan a la postre a ser duramente castigadas.”

La corrupción de las costumbres públicas y privadas, la inmoralidad administrativa, el descontento y el malestar crecientes entre las multitudes que ven encaramarse encima de ellas a los aventureros y a los traficantes, son las consecuencias de semejante estado de cosas. Nada detiene a los

especuladores; la industrialización excesiva y los turbios negocios que a su sombra se realizan, crean el fantástico y vertiginoso enriquecimiento de unos pocos; lo que a su vez provoca escándalos y protestas.

La moralidad pública se desquicia; los gobernantes, arrastrados por el ejemplo y seducidos por la tentación, se vuelven cómplices y aliados de quienes así amontonan riquezas, y de complicación en complicación se llega a las más peligrosas crisis morales, engendradoras de peligros y de trastornos.

Los agitadores de las masas encuentran en ello su oportunidad y las más absurdas ideologías brotan y se afirman.

Lo que de este modo entreveían los pensadores de la pasada centuria, se ha realizado de modo cabal en la presente, y así es como hoy nos encontramos, por no haber referido a tiempo las ansias de especulación y los apetitos de lucro, frente a frente de la más grave y espectacular crisis de todos los tiempos. Y ello por culpa del abandono y del aplastamiento de los valores del espíritu.

Cuando las almas están enfermas, sacudidas por la tempestad de las bajas pasiones, nada puede quedar en pie, nada puede permanecer estable.

Sembrar vientos es preparar tempestades. Suscitar odios, despertar indignaciones, discordias y envidias, crear un ambiente de malestar en las masas, en las multitudes, en las mayorías soliviantadas por el espectáculo del contraste, difícilmente soportable, entre los que todo lo absorben y los que nada o bien poco poseen, si no es hambre o miseria: es cosa expuesta y de todo punto arriesgada.

Por eso el remedio está en retornar a los principios de rectitud, de equidad y de justicia, en poner freno a la audacia de los especuladores, en restablecer el equilibrio económico y moral, trastornado o deshecho.

Si no se hace así, se dejan la iniciativa y la solución a los agitadores. Ellos, los apóstoles del odio, los preconizadores de la venganza, los que invitan a la matanza y al despojo, los que fijan como remedio la revolución social que eche por tierra el orden establecido, serán los que saquen las ventajas.

De allí que contra esa agitación que como un océano crece y se agiganta, sólo dos diques pueden concebirse: las reformas sociales juiciosas y oportunas, las medidas gubernativas justicieras y sabias, desde luego, y junto con ellas la organización y la inmediata preparación a la defensa, de las naciones representativas de la poca cultura moral que queda, contra las que tratan de ahogar en sangre y bajo escombros esa cultura que los siglos nos trajeron.

Pero para ello hay que ir hasta las raíces del mal, hay que reformar las conciencias y purificar las almas; hay que dar a la moral y al espíritu la jerarquía que les corresponde sobre los apetitos y las exigencias de lo simplemente corporal y físico. Hay que apelar a la fuerza todopoderosa de la religión, hondamente sentida y fielmente practicada.

“¿Qué es lo que en este país se presenta como más enfermizo e inestable?”

—Preguntaba hace un siglo Montalembert, el filósofo, a Guizot, el gobernante. Y se contestaba: “Vos lo habéis proclamado con mayor elocuencia que otro alguno: es el estado de las almas. Ellas son las que tiene necesidad de que se les predique la abnegación, el desinterés, la pureza; es la educación moral de este país, la que hace falta rehacer, modificar profundamente. ¿Y cómo procederéis para ello? Es una banalidad el decíroslo. No podréis vos emprenderlo seriamente si no por esta fuerte disciplina de las almas y de las conciencias que sólo la religión puede dar... ¿Y qué habéis hecho para conseguirlo, para dar impulso a la verdadera y completa libertad religiosa? Nada en verdad...”

Apliquemos a México esta lección que mucha falta hace.